



1. La izquierda contra el franquismo

La LCR y la izquierda radical (1966-1975)

Martí Caussa

La LCR nació en el mismo momento que una constelación de grupos de la llamada izquierda radical (o izquierda revolucionaria y también extrema izquierda). Tras numerosas crisis, escisiones y unificaciones tan solo algunas de estas organizaciones habían superado el nivel de grupúsculo en el momento de la muerte de Franco. Este artículo intenta analizar el contexto de su nacimiento y consolidación, con especial atención a la LCR y a sus relaciones con el resto de organizaciones.

Los tiempos estaban cambiando

Como fecha simbólica de este inicio de cambio, en el Estado español, se puede elegir 1962 con las grandes huelgas de los mineros asturianos y la solidaridad que despertaron entre la clase obrera y los estudiantes; también porque allí nacieron las CCOO, la organización más importante del renacer del movimiento obrero. Como otros hitos se pueden señalar: 1966 con la constitución del primer Sindicato Democrático de Estudiantes y el éxito de CCOO en las elecciones a enlaces y jurados; 1967 con la durísima lucha de Laminado de Bandas Echevarría y la solidaridad que despertó; y 1969 con la radicalización de las luchas estudiantiles, el asesinato de Enrique Ruano por la policía y el Estado de excepción como intento (fracasado) para acabar con los impulsores de la creciente radicalidad de las luchas. A nivel internacional merecen señalarse, después de la revolución colonial (que había llevado a la independencia de Argelia en 1962) y de la ruptura sino-soviética en 1963, dos acontecimientos de 1966: la Conferencia Tricontinental de La Habana y el inicio de la Revolución Cultural China. Aunque sin duda los acontecimientos más influyentes fueron los de 1968, el mayo francés, la Primavera de Praga y la ofensiva del Tet en Vietnam, que fueron interpretados por mucha gente como un nuevo ascenso de la revolución y la lucha por el socialismo a escala planetaria.

Rupturas en las “viejas” organizaciones

Los acontecimientos anteriores sacudieron la estabilidad de casi todas las organizaciones existentes y acabaron produciendo rupturas en las mismas. alguna de estas organizaciones, como el PCE, había surgido antes de la guerra civil,

aunque otras tenían su origen en los años cincuenta, pero eran ya “viejas” en relación a las expectativas de un sector de sus militantes.

Tal era el caso de la primera ETA (nacida en 1959) que, en la primera parte de la V Asamblea, expulsó a los “obreristas” de ETA-Berri, que se llamó Komunistak a partir de 1969 y que desembocó en el MCE en 1972. Pocos meses más tarde, en marzo de 1967, la segunda parte de la V Asamblea rompió con la orientación de la “vieja” ETA, definiendo los perfiles de lo que después se llamó nacionalismo revolucionario, con el proyecto de construir un Estado socialista vasco independiente. En 1970 se produjo una nueva ruptura en el curso de la VI Asamblea, entre la mayoría (que acabó evolucionando hacia el trotskismo y la fusión con la LCR) y la minoría, que se llamó ETA-V y dio continuidad a la orientación anterior.

Tales delimitaciones no eran una exclusividad vasca, sino un signo de los tiempos, como lo muestra el surgimiento (en 1969) del Partit Socialista d'Alliberament Nacional (PSAN), después de romper con el Front Nacional de Catalunya (FNC), creado en París en 1940. El PSAN era también un representante del nacionalismo revolucionario que preconizaba la liberación nacional y de clase y la construcción de una sociedad socialista catalana. Posteriormente, estuvo en el origen del Moviment de Defensa de la Terra (1984) y de Catalunya Lliure en 1989.

La primera ruptura con el PCE fue la del PCE-ml en 1964, con una orientación pro-China que evolucionó a pro-Albania; este partido fue el impulsor del FRAP en 1970 y en 1975 inició una ofensiva de acciones armadas. Pero las rupturas llamadas a tener más peso en la izquierda radical se iniciaron en 1967 en Catalunya, con el grupo Unidad que más tarde dio origen a Bandera Roja (1968) y al PCE(I) en 1969. Este último, de orientación maoísta, se convirtió en PTE en 1975 para poder incorporarse a la Junta Democrática y en PT en 1979, después de la fusión con ORT. Esta última organización, también de orientación maoísta, había surgido en 1969 como una escisión de la Asociación Sindical de Trabajadores (AST), sindicato de origen católico constituido en 1964.

También en 1969 tuvo lugar la crisis terminal de las Organizaciones Frente (FLP, FOC y ESBA), primero con la expulsión del grupo Comunismo (que dio origen a la LCR) y después con un estallido en numerosos grupos, de los cuales el que tuvo más importancia en la izquierda radical fueron los Círculos de Obreros Comunistas que, en 1974, estuvieron en el origen de la OICE (que, a su vez, se fusionó con el MCE en 1979).

A pesar de las grandes diferencias entre estos grupos pueden señalarse una serie de características más o menos comunes a muchos de ellos (las principales discrepancias se dan entre los representantes del nacionalismo revolucionario, especialmente ETA-V y, parcialmente, el PSAN) que pueden considerarse la impronta de la época en que nacieron: 1) afirmación de la actualidad de una revolución que abriera el camino hacia el socialismo; 2) oposición a las vías pacíficas y necesidad de la violencia revolucionaria, aunque unos preconizaban su necesidad

inmediata y otros no; 3) protagonismo de la clase obrera, aunque con diferencias sobre las alianzas necesarias para el derrocamiento del franquismo; 4) necesidad de un partido de tipo leninista, aunque con interpretaciones diversas de su significado; 5) fuerte identificación con corrientes internacionales, particularmente con el maoísmo y el trotskismo; 6) un elevado grado de activismo, generalmente acompañado de izquierdismo (acciones radicales de pequeños grupos) y de sectarismo, manifestado particularmente en la creación de organizaciones obreras de cada partido (Comisiones Obreras Revolucionarias, de Zona, Sectores de CC OO, etc.) y en la reticencia a la unidad de acción con otros partidos; 7) poca capacidad para integrar las diferencias internas, lo cual dio lugar a muchas escisiones.

Los retos de la consolidación

En el momento de su aparición todos estos grupos contaban con una experiencia política y organizativa previa, adquirida en las organizaciones con las que habían roto; esto era sin duda un capital importante. También contaban con algunas definiciones teóricas de partida y unas referencias internacionales fuertes que, en algunos casos, eran también relaciones organizativas con partidos del ámbito internacional. Pero el capital humano y la experiencia que acumulaban podía dilapidarse rápidamente sin una orientación adecuada. Y las referencias internacionales, en el mejor de los casos, sólo podían ser una ayuda para encontrar esta orientación, pero el peso de la tarea debía recaer necesariamente sobre las nuevas organizaciones.

De modo que la consolidación de estos grupos estaba fundamentalmente ligada a factores como los siguientes:

1) La capacidad para demostrar la utilidad de la organización en la consecución de alguno de los objetivos que estaban de actualidad en cada momento. Esta era una exigencia absoluta; sin esta capacidad, expresada al menos en algunos movimientos o actividades, una organización nueva no podía crecer ni consolidarse.

2) La oferta de un proyecto político capaz de interesar a la gente más inquieta que participaba en las luchas, un proyecto que relacionara la orientación en los combates del momento con el derrocamiento de la dictadura y el avance hacia el socialismo del que se reclamaban.

3) La capacidad de cambio ante la evaluación que la realidad realizaba sobre su línea política: ya sea porque ésta se demostrara poco adecuada desde el primer momento, ya sea porque los cambios en la situación social y política obligaran a modificarla.

4) La adopción de una estructura y un funcionamiento interno que permitieran mantener un máximo de unidad frente al inevitable surgimiento de diferencias internas. Las dos soluciones más radicales y contrapuestas fueron el liderazgo de una persona acompañado de “culto a la personalidad” o una democracia interna con debates periódicos, derecho de tendencia y elección democrática de los dirigentes. En la práctica, entre la una y la otra hubo muchas mediaciones, aunque algún tipo de liderazgo fue la opción mayoritaria.

5) La habilidad para desarrollar una política unitaria que permitiera dar la mayor amplitud a las movilizaciones o iniciativas que eran necesarias. Y la capacidad para generar procesos de acercamiento con otras organizaciones afines y, eventualmente, culminarlos con unificaciones que aumentarían las fuerzas militantes.

La trayectoria de la LCR: de la ruptura con el FLP a la fusión con ETA-VI

La gente que rompió con el FLP para formar el grupo Comunismo no era trotskista. Eran jóvenes radicalizados por su experiencia de lucha en el movimiento estudiantil o en las Comisiones Obreras Juveniles, que querían que su organización se definiera a favor de la revolución, del comunismo y adoptara una estructura de tipo leninista.

Su preocupación fundamental después de la ruptura fue dotarse de unas bases teóricas comunistas mediante un proceso de discusión interna. Pero éste se organizó de tal manera que implicó el práctico abandono de la intervención y la pérdida de buena parte de los simpatizantes y contactos. Cuando un año después apareció el número 0/1 de la revista *Comunismo*, se explicaba que el grupo había avanzado en la utilización de elementos teóricos del trotskismo, pero se trataba de algo bastante genérico. Por eso cuando unos meses más tarde la mayoría del grupo se definió a favor de la IV Internacional, se produjo la salida de un grupo de militantes que se alinearon con las posiciones de Pierre Lambert y constituyeron la Organización Trotskista (OT) y, más tarde, la LOC y el PORE.

Esta reclusión teoricista estuvo a punto de significar la desaparición del grupo Comunismo. Fue rescatado gracias a la sensibilidad de sus militantes, implicados en luchas duras como las de AEG y Harry Walter o en las luchas contra las penas de muerte solicitadas en el Consejo de Guerra de Burgos. En algún momento de estas movilizaciones, en diciembre de 1970, el grupo comunismo decidió convertirse en LCR. Fue el primer gran cambio. La nueva organización se concebía como un grupo para la acción y quería demostrar su utilidad a través de la misma. Pero estaba lastrado por su sectarismo respecto a CCOO, a los demás grupos políticos y a sus propios reagrupamientos internos.

Un documento que tuvo especial importancia en la evolución de la primera LCR fue *El crepúsculo del franquismo*, escrito por Ernest Mandel y fechado el 31 de diciembre de 1970, aunque fue conocido por el grueso de los militantes bastante más tarde. En él se afirmaba que las luchas contra los Consejos de Guerra de Burgos habían inaugurado el crepúsculo del franquismo que, sin embargo, no podía ser transformado en democracia burguesa por la simple presión de las masas, sino que debía ser derrocado por la acción revolucionaria de masas. Ésta comenzaría seguramente por reivindicaciones económicas y democráticas elementales, pero en su desarrollo pondría al orden del día el ataque a la propiedad capitalista y la necesidad de avanzar hacia la revolución socialista.

Sin embargo el I Congreso de la LCR reunido en enero de 1972 fue todavía un caos. Los únicos acuerdos que adoptó fueron la petición de adhesión a la IV Internacional, la aprobación de unos Estatutos y la elección de un Comité Central. También constató la existencia de posiciones parcialmente diferentes sobre las CCOO y otros aspectos de política unitaria, que se agruparon en lo que se llamó discusión sobre el Frente Único.

Con el paso de los meses estas diferencias aumentaron y dieron lugar a la constitución de dos tendencias, llamadas la *Liga en la Encrucijada* y la *Liga en Marcha*, que terminaron separándose en ocasión del II Congreso de la LCR, celebrado en diciembre de 1972, al que solo acudió la tendencia *En Marcha*. La otra tendencia realizó su Congreso en junio de 1973 y adoptó el nombre de LC. Al valorar las diferencias políticas el II Congreso de la LCR afirmó que, pese a su gravedad, no justificaban la ruptura; la misma valoración se repitió en el momento de la reunificación en 1977. En las dos ocasiones se señaló el peso determinante que tuvieron los inadecuados métodos de debate y funcionamiento.

Los principales cambios prácticos que comportó el II Congreso de LCR fueron: 1) el inicio de un trabajo sistemático en CC OO (compartido también por el Congreso de LC); 2) la decisión de establecer un proceso de debate y unidad de acción privilegiada con ETA, que acababa de realizar la segunda parte de la VI Asamblea; 3) la revisión de los métodos de funcionamiento interno; 4) la sistematización de lo que se denominó combinación de unidad de acción y desbordamiento (que había sido el núcleo de las diferencias con LC).

Este último punto se puede esquematizar de la siguiente forma. Para conseguir la conquista de las reivindicaciones del movimiento de masas era necesario arrastrar a las organizaciones mayoritarias (principalmente el PCE) a la unidad de acción. Pero, debido a la relación de fuerzas, esto no era posible de forma sistemática. Era necesario apoyarse en los sectores más combativos (el movimiento estudiantil, ciertas fábricas, la unidad de acción con otros grupos de la izquierda radical...) para iniciar la movilización (el desbordamiento) y luego intentar forzar la incorporación de las organizaciones mayoritarias (la unidad de acción).

El III Congreso se realizó simultáneamente con la VII Asamblea de ETA, en diciembre de 1973, y de ambos salió una organización unificada que durante unos años firmó como LCR-ETA(VI) a nivel estatal y como ETA (VI) en Euskadi. Esta unificación puede considerarse el final del proceso de consolidación de la organización. En el terreno de la actividad política las principales aportaciones de esta unificación fue una mejor comprensión de las reivindicaciones nacionales, antirrepresivas y democráticas. Esto último se reflejó, por ejemplo, en el protagonismo adquirido en las luchas por la libertad de los presos políticos, tanto dentro como fuera de las cárceles, que dieron lugar a las importantes movilizaciones de diciembre de 1974 y las todavía mayores de 1975 para intentar evitar las últimas penas de muerte de Franco contra dos militantes de ETA y tres del FRAP.

La democracia interna: proclamaciones y realidades

Frente a otras organizaciones de la izquierda radical que interpretaron el centralismo democrático en clave estalinista o maoísta, quienes rompieron con el FLP lo interpretaron desde el principio en clave democrática, aunque no exenta de contradicciones. Así por ejemplo el grupo Comunismo propugnaba el libre debate dentro del partido y la libertad de tendencia, pero al mismo tiempo se refería a “*la lucha ideológica interna (la única forma de lucha de clases dentro del partido)*”, una clara influencia maoísta. Esta extraña combinación permitía que aparecieran tendencias con posiciones diferenciadas, pero por otra parte facilitaba la rápida cristalización en fracciones (si alguna se inclinaba por la “lucha de clases dentro del partido”). Cuando se planteó la opción de optar por la IV Internacional y un grupo de militantes defendió la alternativa que representaba Pierre Lambert, la mayoría del grupo Comunismo no respetó ninguno de los mecanismos democráticos que teóricamente defendía y expulsó a estos últimos. También el liderazgo personal estuvo fuertemente arraigado en este grupo y la primera LCR.

La adopción de los Estatutos en el I Congreso y la relación con la IV Internacional, con una larga tradición democrática, supusieron una mejora notable pero insuficiente. La discusión de tendencias posterior iba a mostrar que el derecho de tendencia también podía ser usado para desorganizar e incluso paralizar la actividad de la organización, y que la inclinación a extrapolación de las diferencias era una amenaza para la unidad de la organización. Solo a partir del II Congreso se consiguió un funcionamiento interno capaz de combinar la democracia, el respeto de las diferencias, el funcionamiento colectivo y la eficacia en la acción.

Durante la dictadura numerosas organizaciones rechazaban la democracia interna con dos tipos de argumentos. El primero afirmaba que una organización democrática no podía resistir la represión; la LCR fue el ejemplo práctico de lo contrario. El segundo argumento afirmaba que el reconocimiento del derecho de tendencia facilitaba las rupturas y las escisiones; sin embargo los grupos que no lo reconocieron no tuvieron menos rupturas; y, por otra parte, a partir del II Congreso las rupturas en la LCR fueron insignificantes y las fusiones, en cambio, muy importantes. La argumentación de la LCR siempre sostuvo que la democracia interna era una cuestión de principio, a la que no se debía renunciar, incluso si en algunos momentos los liderazgos parecían tener más éxito. Pero por, otra parte, reconocía que su aprendizaje era una tarea permanente.

La política unitaria hacia la izquierda radical

Ya se ha indicado que la gente que rompió con el FLP se caracterizaba por su sectarismo, una actitud compartida por la mayoría de las organizaciones de la izquierda radical. El grupo Comunismo disponía de una nutrida colección de adjetivos terminados en “*istas*” para descalificar al resto de grupos de la izquierda radical. En este contexto es evidente que la política unitaria debía ser prácticamente inexistente.

En los inicios de la LCR las cosas no cambiaron sensiblemente. Solo después del I Congreso la tendencia *En Marcha* empezó a plantear que, para poder iniciar movilizaciones era necesario apoyarse también en la unidad de acción con otros grupos de extrema izquierda. No fue una rectificación fácil de dominar, porque se teorizaba que la unidad debía combinarse con la crítica a todas las inconsecuencias; y no pocas veces esta crítica se hacía de tal modo que devenían un obstáculo para la siguiente unidad. Sólo la práctica y las exigencias de las luchas fueron allanando los obstáculos a la unidad.

Pero es preciso reconocer que la colaboración sistemática era difícil debido a la importancia de algunas diferencias. Tres de ellas merecen ser destacadas: 1) las que derivaban de una estrategia (o marco de lucha de clases) nacional, como en el caso de ETA, PSAN, etc. que, en determinados momentos, podían dificultar la unificación de las movilizaciones a escala estatal que defendía la LCR; 2) las que tenían que ver con la realización de acciones armadas (como las de ETA, FRAP o GRAPO) que la LCR no aprobaba, pese a su perspectiva de derrocar a la dictadura mediante una Huelga General Revolucionaria; 3) las que implicaban la entrada o el apoyo en los organismos de la Oposición Democrática (como la Junta y la Plataforma), a los que la LCR se oponía radicalmente por considerar que su actuación se dirigiría a evitar la ruptura radical con el franquismo.

El tipo de unidad que acabamos de analizar se refería solo a la unidad para la acción. La posibilidad de la unidad en un mismo partido era una cosa muy diferente. Ni el grupo Comunismo ni la primera LCR se dedicaron a pensar en ella, aunque ninguno de los dos se había considerado “el partido”, sino sólo una organización que luchaba por su construcción. Las cosas sólo empezaron a cambiar en el II Congreso con la relación preferente establecida con ETA, una organización a la que en el pasado se habían dirigido las mismas descalificaciones que a las demás y que sorprendentemente (por la evolución de su dirección en contacto con la LCR francesa y la IV Internacional) se estaba acercando al trotskismo. El éxito de esta fusión, aprobada en el III Congreso, hizo pensar que otras evoluciones del mismo tipo eran posibles y que había que estar atento a ellas. Las condiciones para la unidad se fijaban en la coincidencia en el programa fundamental (que incluía la definición trotskista) y mantener el régimen de libre discusión y democracia interna que se estaba demostrando adecuado. Esto facilitó la fusión con grupos locales, pero las propuestas más ambiciosas todavía tardarían en llegar.

En el momento de la muerte de Franco, la constelación de grupos radicales que había surgido a finales de los años sesenta se había reducido. Sólo algunos de ellos se habían consolidado relativamente y eran capaces de influir en las movilizaciones en curso. La situación que se abrió con la muerte del dictador y, especialmente, a partir del gobierno Suárez, los iba a someter a pruebas mucho más decisivas. Pero esta es ya otra historia.

Martí Causa fue miembro de la dirección de la LCR. Forma parte del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*.